

Catecismo 2042 Los mandamientos de la Iglesia -I-

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Estos mandamientos la Iglesia no los predica para un llamamiento a los alejados; sería un error que para que acercar a los alejados "suavizarles la exigencia que Jesucristo nos pide", que no les compromete a tanto. Eso sería un error el **plantear los sacramentos de la Iglesia como una "propuesta de conversión"**. Puede parecer paradójico, pero para aquel que va a encontrarse con Jesucristo, la Iglesia le ha expuesto el "ideal cristiano en toda su exigencia".

Es difícil motivar a alguien para la conversión a que se le plantee unos "ideales de mínimos", posiblemente, de esta manera no se entusiasme, no se **enamore de Jesucristo**.

Decía el padre Morales (un siervo de Dios, jesuita, fallecido no hace muchos años; fundador de la milicia de Santa María), trabajo muchísimo con los jóvenes, acostumbrado al apostolado de primera línea. Decía: "*A los jóvenes, si les pides poco no dan nada; y si les pides mucho lo dan todo*".

Esto lo podemos referir a todos, a la llamada a la conversión. "Hay una radicalidad en nuestro corazón", y la conversión supone una radicalidad. Se convierte de su vida de pecado aquel que se enamora de la belleza, de la coherencia, de la bondad...

No por pedir menos o por rebajar el ideal, vamos a atraer a más gente.

Esto se está viendo en algunos sectores de la Iglesia Anglicana, donde han ido desdibujando y han ido bajando el listón de la exigencia moral, del seguimiento a Jesucristo, introduciendo el pensamiento mundano. Lo que está ocurriendo es que hay un montón de conversiones a la Iglesia Católica.

Cuando se baja el listón no se enamora a nadie; para eso no hace falta ser cristiano.

Apocalipsis 2:

- 3 *Tienes paciencia: y has sufrido por mi nombre sin desfallecer.*
- 4 ***Pero tengo contra ti que has perdido tu amor de antes.***
- 5 *Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepíentete y vuelve a tu conducta primera. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes.*

Se ha perdido el amor primero: esa relación con Jesucristo intensas.

Los mandamientos de la Iglesia son una llamada de atención para cuando perdemos el amor primero.

Si resulta que un cristiano ha perdido el entusiasmo por la eucaristía dominical es que "*ha perdido el amor primero*".

Cuando alguien hace esa pregunta: "*¿Es pecado no ir a misa...?*". Si el pecado es rechazar el amor de Dios, es el no dejarse amar por Dios. **El pecado consiste en que el AMOR NO ES AMADO.**

Por todo esto decía que los mandamientos de la Iglesia no son tanto una llamada a los alejados, sino más bien un toque de atención a los que tuvieron la primera conversión, para que no se alejen del "amor primero".

Esto de ser cristiano es *no cansarse nunca de estar empezando siempre. Nadie se tiene que acostumbrar a las cosas santas. Que se entiendan siempre como un don inmerecido.*

Punto 2042:

El primer mandamiento («oír misa entera los domingos y demás fiestas de precepto y no realizar trabajos serviles») exige a los fieles que santifiquen el día en el cual se conmemora la Resurrección del Señor y las fiestas litúrgicas principales en honor de los misterios del Señor, de la Santísima Virgen María y de los santos, en primer lugar participando en la celebración eucarística en la que se congrega la comunidad cristiana y descansando de aquellos trabajos y ocupaciones que puedan impedir esa santificación de esos días (cf CIC can 1246-1248; CCEO can. 881, 1.2.4).

Este primer mandamiento ya lo comentamos ayer.

El segundo mandamiento («confesar los pecados mortales al menos una vez al año») asegura la preparación a la Eucaristía mediante la recepción del sacramento de la Reconciliación, que continúa la obra de conversión y de perdón del Bautismo (cf CIC can. 989; CCEO can. 719).

Se trata de un mandamiento que asegura un mínimo en la forma de recurrir al sacramento de la reconciliación.

ES curioso cómo cambian los tiempos; porque en los primeros tiempos del cristianismo la penitencia no se reiteraba, solo se podía recibir una vez en la vida. Se llamaba al sacramento de la penitencia "*el segundo bautismo, o la segunda tabla de salvación*".

Esto provocó que una vez confesado ya no podía volverse a confesar hizo que este sacramento se retrasase en el tiempo cada vez más hasta el momento de la muerte, porque los fieles tenían el temor volver a pecar después de confesarse una –y única- vez.

A partir del siglo V ya se pudo reiterarse el sacramento de la penitencia.

Decía lo de "cómo cambian los tiempos", porque nuestros antepasados suspiraban por poder confesarse más de una vez; y curiosamente hoy día la Iglesia –como madre y pedagoga- pide a sus hijos se confiesen más de una vez, o por lo menos una vez al año!.

Lo que denota es que la ley "del mínimo esfuerzo" agua en nosotros y tienen que haber una función maternal, por parte de la Iglesia para recordarnos la importancia de apreciar y de recurrir a los santos

"dones de Dios". Forma parte de la pedagogía de la Iglesia: conoce a sus hijos, conoce sus situaciones y les está llamando y tocando la puerta.

Dice este mandamiento:

Confesar los pecados mortales al menos una vez al año

Ya sabemos que el ideal no es este; el ideal cristiano es "**vivir en gracia de Dios**". Porque la cuestión es preguntarse, que confesándome una vez al año, ¿el resto de año tiene sentido vivir en pecado?.

Naturalmente que no tiene sentido, y se entiende que esa confesión no está bien hecha o sin arrepentimiento.

El lema de unos ejercicios espirituales se nos decía:

"viviré habitualmente en gracia de Dios, y si caigo me levantare"

La Iglesia nos pone este mandamiento para "tocar nuestros corazones" en la llamada del Cristo crucificado y resucitado especialmente en la pascua.

Es como si se nos dijese: "*mira, estas en pecado, ahora vete a recoger los frutos de la pasión de Jesucristo; mira que Cristo ha muerto por ti.*"

Es una llamada de mínimos, para que los corazones que viven en pecado mortal, escuchen esa llamada de Cristo.

Continúa este mandamiento:

... y en peligro de muerte

Sabemos que necesitamos y que es indispensable morir en gracia de Dios, para que podamos ser llamados por Cristo a esa Jerusalén celestial. No hay nada más dramático que la "**impenitencia y el endurecimiento del corazón ante el momento de la muerte.**

A veces, por respetos humanos y por temores, en vez de facilitar, dificultamos la confesión de nuestros familiares ante el peligro de muerte.

Por no haberle dicho al enfermo la verdad de su enfermedad, no nos atrevemos a mandar al sacerdote, para que le enferme no sospeche nada, o cosa parecida.

Pero es necesario violentarnos y vencer los respetos humanos.

Y añade:

... y si has de comulgar.

Se nos recuerda, que cuando hablamos del sacramento de la eucaristía "**la importancia de comulgar en gracia de Dios**".

Aunque los dones de Dios son gratuitos: "*Dios no nos ama por nuestros méritos*": **Dios no nos quiere porque seamos buenos.** Dios ama a todos, también a que están en pecado mortal.

Pero no es un **amor barato**. Primero porque a Cristo le ha costado su sangre, y porque ese amor gratuito espera de nosotros una correspondencia de amor.

El amor es "recibido" si hay una correspondencia de amor"; en caso contrario, no lo estas recibiendo, sino que lo estas rechazando.

La única manera de comulgar es "comulgar en gracia de Dios"; que es como decir: "*recibo como un regalo, la eucaristía*".

La mejor prueba de saber que la eucaristía, que es un regalo gratuito es un regalo gratuito del amor de Dios, es que yo sienta la necesidad de la conversión para poder recibirla.

La parábola de los evangelios que habla de un rey que invitaba al banquete, y todos comenzaron a excusarse para no ir, entonces el rey dijo: "*salid a los caminos y a todos los que veáis, pobres, vagabundos, lisiados, a todos traerlos al banquete*", así lo hicieron y se llenó el banquete de comensales. *Ocurrió que el rey descubrió que entre los pobres que habían ido al banquete de invitados, había uno que no estaba con el traje de fiesta; y le dijo: ¿Amigo, como has entrado aquí sin el traje de fiesta?*

La eucaristía es un don gratuito, pero se pide que nuestra conciencia sepa de la gratuidad, y por tanto nuestra conversión interior: "***que vayamos vestidos con el traje de gracia***".

Continuamos con este punto 2042 del catecismo y pasamos al tercer mandamiento de la Iglesia:

El tercer mandamiento («recibir el sacramento de la Eucaristía al menos por Pascua») garantiza un mínimo en la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor en conexión con el tiempo de Pascua, origen y centro de la liturgia cristiana (cf CIC can. 920; CCEO can. 708-881, 3).

El sacramento de la eucaristía es un sacramento fundamental para nuestra salvación.

El Señor dice en el evangelio de San Juan: "*El que come mi cuerpo y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitare en ultimo dia*". Hay una relación directa entre la recepción de la eucaristía y la resurrección a la vida eterna, porque nosotros comulgamos el "***el cuerpo resucitado de Jesucristo***".

La gracia de la resurrección la recibimos en nuestra carne mortal.

Algunos santos padres, como san Efrén, ponían el siguiente ejemplo:

Cuando Adán y Eva mordieron el fruto del árbol de bien y del mal, estaban mordiendo la muerte espiritual que estaba escondida en el fruto. Sin embargo, nosotros, cuando nos alimentamos del pan de la vida, en ese pan está escondida "la vida eterna".

Llamamos a la eucaristía "el **viatico para la vida eterna**".

Por esto, la Iglesia tiene que preservar que sus hijos comulguen. Ha habido etapas históricas, en las que -por un motivo o por otro-, han existido tentaciones de alejamiento en la recepción del sacramento de la Eucaristía. En unos momentos por un equivocado "temor de Dios excesivo". Incluso por las personas muy devotas se fue haciendo costumbre el asistir a la santa misas sin comulgar, hasta el punto que se pedía permiso a su director espiritual para poder comulgar.

Pero fueron surgiendo muchos santos con el deseo de la comunión frecuente, el Señor fue inspirando esto mismo. En Santa Teresa de Jesús y tantos otros, el Señor fue inspirando el deseo de una comunión frecuente.

Hoy en día existen reminiscencias de esto mismas.

De hecho estamos en un momento en el que de una forma mayoritaria existe el peligro de un acercamiento a la eucaristía con demasiada "trivialidad"... con "demasiada alegría" (como se dice popularmente), sin la conciencia de una purificación, antes de recibir la eucaristía. De hecho, no hay proporción entre la recepción del sacramento de la eucaristía y la asistencia al sacramento de la confesión; y es necesario llamar la atención en este punto.

Pero al mismo tiempo, también vemos que algunas personas, como consecuencia de hábitos mal adquiridos, comulgan únicamente si se han confesado un rato antes.

Esto también hay que corregirlo: no debemos de alejarnos del sacramento de la eucaristía, si no tenemos conciencia de haber cometido un pecado grave.

Es que vivir en gracia d Dios no es algo "puntual" sino que es un "estado de vida". No es que la confesión sea como quien compra un billete para poder comulgar. Es un "vivir en gracia" de una forma habitual, como estado de vida.

Aunque lo habitual es lo contrario, es quien no tienen conciencia de pecado, y se acerca de una forma trivial a la eucaristía. Es aquel que va a un funeral y se pone en la cola a comulgar, y hace un montón de tiempo que no va a la eucaristía.

La Iglesia, en su pedagogía de madre, nos pide "**por lo menos**" que nos acerquemos a comulgar en la Pascua de resurrección, una vez al año. Lógicamente procuremos comulgar todos los domingos, que nos acerquemos a la santa misa.

Pero por lo menos, recibamos la vida de Cristo, la resurrección de Cristo una vez al año.

Hay una cosa que es clara: "**El que comulga bien**" tendrá deseo de frecuentar la comunión. Por eso la Iglesia pide ese mínimo. Tiene la esperanza de que, quien cumpla ese mínimo bien, después sea capaz de alimentarse con más frecuencia de la eucaristía. El amor a Jesucristo pide cercanía y pide continuidad.

Lo dejamos aquí.